

Psicología Social de la Educación», nos sitúa en una pluralidad temática.

Su contenido se estructura en torno a dos perspectivas: micro y macrosociológica, con unos capítulos de introducción generales, en los que ya se puede constatar el paralelismo en el tratamiento de los temas: por una parte, Educación, por otra, Sociología de la Educación y, por último, Psicología Social de la Educación, hecho éste que ha provocado el que se la considere por algunos autores como «cajón de sastre de nociones sociopsicológicas» (Getzels, 1.969).

Aspectos bien de la Psicología Social aplicados a la Educación, como pueden ser la temática de actitudes y motivación escolar, la comunicación y persuasión en el aula, la estructura y dinámica grupal, o bien de la Sociología Educativa, como la sociología del sistema escolar, del currículum, relaciones entre Economía, trabajo, Política y Cultura, en un contexto educativo, son los contenidos que ocupan los temas centrales.

Se hacen intentos de superar las polarizaciones y encontrar situaciones de confluencia, como podrían ser los estudios sobre integración social en el aula o el principio de igualdad de oportunidades, pero la superioridad de temáticas referentes a contextos sociopsicológicos sobre las que inciden en «situaciones educativas» es patente.

Seamos positivos, es una nueva línea de trabajo interdisciplinar, y por tanto, con dificultades, tanto en la congruencia de puntos de vista como en su metodología. Quizás sea en el último capítulo, sobre una nueva alternativa a la intervención clásica: La Psicología Comunitaria, donde se plantea un marco lo suficientemente amplio en sus contenidos y formas de intervención, como para podernos servir de referente.

Se trataría, por tanto, de irnos acostumbrando a modelos de intervención heterogéneos en cuanto a sus componentes teóricos, integrando métodos múltiples experimentales y procedimientos diferentes de evaluación. No abordáramos, de esta forma, el fracaso escolar de "tal" sujeto, sino que nos preguntaríamos por las necesidades educativas de todo un colectivo, con el fin de incidir tanto en las estructuras sociales, como en las personas y diversos componentes del sistema educativo.

LUISA MARTINEZ

MATTELART, M. *Mujeres e industrias culturales*. Anagrama. Barcelona, 1982. Traducido por Joaquín Jordá.

El libro de Michèle Mattelart, coautora con Armand Mattelart de otros dos libros: «Comunicación e ideología de la seguridad» y «Frentes culturales y comunicación de masas», es producto del trabajo encargado

por la División para el Desarrollo Cultural de la UNESCO y fue realizado en la primavera de 1981. Contiene cuatro apartados y un anexo: el apartado I trata sobre la cultura de masas y la cohesión social; el II, sobre Vida cotidiana, media y realidad femenina; el III, sobre Modernidad y permanencia; y el IV, se ocupa de la Crisis y reestructuración de los valores morales. Finalmente, en el anexo se hace una Sinopsis comentada del serial «Les amours des années folles» del programa «Antenne 2», aparecido en el diario «Le Matin».

Este pequeño libro -de 119 págs.- publicado en español por Anagrama, es, a mi juicio, importante. Realiza aportaciones de interés y, sobre todo, abre nuevos horizontes para la investigación del tema que trata. Es un libro de lectura fácil y, por su temática, muy recomendable para el público en general y para los trabajadores sociales en particular.

M. Mattelart subraya en su libro la importancia que tienen en nuestra sociedad los medios de comunicación de masas sobre todo los programas de televisión, películas y revistas femeninas, mediante los cuales se va a reforzar el «papel de regulación, de pacificación y de equilibrio», asignados tradicionalmente a la mujer.

Las mujeres no sólo interiorizan los típicos modelos femeninos de amas-de-casa- madres-de-familia, sino que se convierten a su vez en agentes de socialización dentro de este proceso, reproduciendo en su vida cotidiana los mecanismos de cohesión, consenso, y todo aquello que en definitiva va a garantizar «el funcionamiento armonioso del cuerpo social». De esta forma se perpetúan los roles sexuales, cuyo aprendizaje se ha llevado a cabo tradicionalmente en la familia y también en la escuela.

Analiza igualmente la internacionalización del modelo de la cultura de masas norteamericana, en el cual la imagen de la mujer refleja un cierto grado de emancipación, incorporada a una actividad profesional en igualdad con el hombre, pero donde aparecen simultáneamente hogares desunidos, alcoholismo, promiscuidad, hijos naturales, etc., «situando a la mujer en condiciones de aceptar la explicación natural de su dominación». (Pág. 39).

También se pone de manifiesto en esta obra la actitud que deben adoptar las mujeres, promovida por los «media», para tiempos de crisis o periodos de paz. En el primer caso, organizándolas para que reivindicquen la necesidad de una autoridad fuerte que salvaguarde el orden natural y moral; en el segundo, recluyéndolas en su papel de amas de casa y de madres, justificando un comportamiento apolítico mantenedor de ese orden «natural».

Incluso en EE.UU., en la Universidad Smith se han producido este tipo de discursos (citado por B. Friedan en «La mística de la feminidad», pág.93) que legitiman el modelo tradicional: «Este papel que se os asigna como esposas y madres podéis desempeñarlo en el cuarto de estar con un niño en el regazo o en la cocina con un abrelatas en la mano. Si sois inteligentes, tal vez podáis incluso poner en práctica vuestros secretos encantos con ese hombre confiado mientras está mirando la televisión. Yo creo que podéis hacer mucho para solucionar nuestra crisis dentro de vuestro humilde papel de amas de casa. No podría desearos una vocación mejor que ésta».

Así, pues, la familia va a ser un refugio frente a la sociedad hostil, un lugar privilegiado para disfrutar del consumo de bienes y servicios, incluidas las nuevas tecnologías.

El problema surge cuando la mujer se rebela y reivindica su libertad y sus propios deseos de gratificación. Aparece entonces un nuevo juego en las producciones de ficción de masas que revitaliza el papel del padre, que pasa a asumir la función que la madre ya no desempeña, la cual es condenada implícitamente como la responsable de la desestabilización del hogar (argumento que aparecen en películas de gran éxito como «Gente corriente», «Kramer contra Kramer» o «El Campeón»).

Al final de su obra, M. Mattelart se pregunta si hoy día la liberación de la mujer puede significar el asesinato simbólico de la madre, al igual que en sentido freudiano, la liberación del hijo pasaba por el rito simbólico de matar al padre.

Afortunadamente, la capacidad de respuesta y de crítica de gran parte de la sociedad es hoy evidente, y no hay por qué dudar que las osbervaciones de Mattelart pueden contribuir eficazmente a ello.

MONICA EGEA RECHE

FINKIELKRAUT, A., *La Derrota del Pensamiento*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1987.

Las incongruencias y contradicciones de la cultura actual y, especialmente, de las instituciones que se ocupan de su gestión, son tan patentes que resulta sencilla la tarea de exponerles a la pública irrisión.

Alain Finkielkraut está dotado de una agudeza poco común y del arrojo suficiente como para no detenerse ante nombre alguno de los maestros en boga, por venerables que puedan parecer.

La contradicción a la que A. Finkielkraut dedica más atención es la originada por el choque entre la libertad fundada en la razón moderna y el poderoso movimiento de defensa de las diversas identidades culturales que no aceptan una razón que, a sus ojos, no es sino un intento europeo de dominación. Dos textos de Lévy-Strauss —«Race et histoire» (1951) y «Race et culture» (1971)— le sirven para poner de relieve la inseguridad de quienes aplaudieron el primero y denostaron el segundo. Ve en esta contradicción un episodio cuyo antecedente se produce al final de la época de las luces entre el último racionalismo y la concepción herderiana y romántica de la nación. Finkielkraut está del lado de la razón universal, de la vieja tradición europea de las luces en su lucha contra los prejuicios. El racionalismo quería fundar la vida colectiva en la adhesión racional a un proyecto comunitario. Frente a él, el romanticismo hacía derivar de fuentes irracionales la pertenencia a un grupo sin que tal pertenencia se